

El viaje mágico de Sofía



Olvido G. Pons



Cuando Sofía estaba en la barriga de mamá, esta se comió un polo de mora, por eso Sofía tiene los ojos de color azul y le gustan tanto las cosas frías: los helados, la luna, el agua de la playa, el viento...

También le gustan los días de lluvia. Y hoy llueve.

Papá la ha dejado en la puerta del cole, como cada mañana. Todos los niños entran en fila por el patio, con sus pequeños paraguas de colores.





De repente, se levanta una ráfaga de viento.
Un montón de hojas caen sobre el tobogán
del elefante azul del patio y recorren el
caracol gigante que hay pintado en el suelo.
Las ramas de los árboles se agitan y crujen.
Sofía se agarra muy fuerte a su paraguas.
¡Tiene miedo de que se le escape! Pero
entonces... ¡es ella la que empieza a volar!





Ve cómo sus compañeros y sus maestros se hacen pequeñitos. Y ella sube y sube. Y desde ahí arriba ve el colegio, las calles de la ciudad, la plaza, el parque donde juega por las tardes con su hermano Dani, su casa...

Sube y sube. Y atraviesa las nubes.

—¡Qué fresquito se está aquí!





Y llega al espacio. Allí no oye nada, pero ve lo bonito que es el planeta Tierra desde ahí arriba. Los océanos azules, los continentes marrones y verdes, los polos blancos, y... ¿qué es eso? Por algunas zonas parece que a la Tierra la cubre una sábana verde y azul que centellea ¡La aurora boreal! Mira más allá y todo está oscuro, pero también lleno de puntitos brillantes.





Flotar en el espacio es como nadar en el mar y tiene tantos colores como el fondo marino.

—Psss, psss —la llama alguien.

Sofía mira de reojo. No hay nadie.

—Psss, psss.





Sofía se gira. La luna la mira con una gran sonrisa.

—Hola, Sofía, qué alegría verte por aquí.

—Anda, la luna, si tienes cara. ¡Y hablas!

—Sí, y también tengo mares, cráteres y montañas.

—Ya lo sé, los he visto con mi telescopio. Mi favorito es el Mar del Frío. Y el cráter Copérnico. Pero nunca te vi la cara a través del telescopio.

—Esas cosas no se las enseño a cualquiera. Tú has venido a verme, ¿cómo no te lo iba a mostrar? Pero, cuéntame, ¿qué haces aquí arriba?





—Estaba en la puerta del colegio y salí volando con mi paraguas. Tendría que bajar, porque cuando hagan la «asamblea» la seño va a ver que no estoy en clase.

—Eso es muy fácil, yo te doy un empujoncito y te lanzo otra vez hasta tu colegio.

La luna se pone de perfil y, con la barbilla, empuja a Sofía hacia la Tierra.

—¡Gracias, lunaaaaaaaaaa!

Pero la luna no calcula bien la fuerza, porque Sofía aterriza en un lugar desconocido.



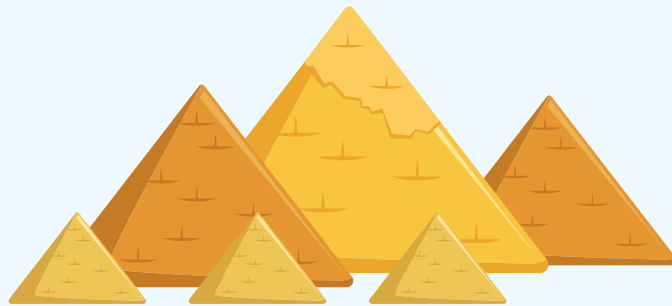


—Esto no se parece nada al patio del cole. No hay árboles ni flores. No está el tobogán del elefante azul. Parece arena de una playa, pero tampoco veo el mar. ¡Y qué calor hace! —dice Sofía.

—Claro, es que esto no es tu cole. Esto es mi cabeza.

¿De dónde viene esa voz tan misteriosa?

Sofía se gira y descubre algo extraordinario: tres grandes construcciones de piedra, con forma de pirámide.





—¡Oh! ¿Esas son las Pirámides de Giza?

—Claro, ¿qué iban a ser, si no?

—Eso quiere decir que estoy... ¡En Egipto!

—¡Exacto!

—Oohh, me encanta Egipto —dice asombrada Sofía—. Pero, ¿quién me habla?

—Soy la Gran Esfinge, estoy bajo tus pies.

—¡La Gran Esfinge! En el cole nos enseñaron tu cabeza humana y tu cuerpo de león. Pero nunca nos dijeron qué pasó con tu nariz.





—¿Mi nariz? Eso no es ningún misterio. Mi abuelo, cuando yo era pequeña, jugando conmigo me la quitó. La puso entre sus dos dedos y me dijo «tengo tu nariz». Y se la llevó. Desde entonces no tengo nariz. Pero ya estoy acostumbrada. ¡Y menos mal que no necesito gafas!

—Ah. Mi abuelo también juega conmigo a eso, pero siempre me la devuelve.

—Bueno, cuéntame qué haces tú aquí.

—Volé de mi cole a la luna. Y la luna me empujó hasta aquí. Pero yo quiero volver al cole.





—Yo te ayudaré también.

—¿TÚ? ¿Cómo?

—Baja hasta mi boca. Pero recuerda llevar abierto el paraguas.

Sofía baja con mucho cuidado ¡Casi se resbala! Claro, es que la Gran Esfinge no tiene nariz a la que sujetarse.

—Vale, ya estoy. Por favor, mándame al colegio «Gloria Fuertes».

La Gran Esfinge sopla muy fuerte y Sofía sale disparada:

—¡Gracias, Gran Esfingeeeee!

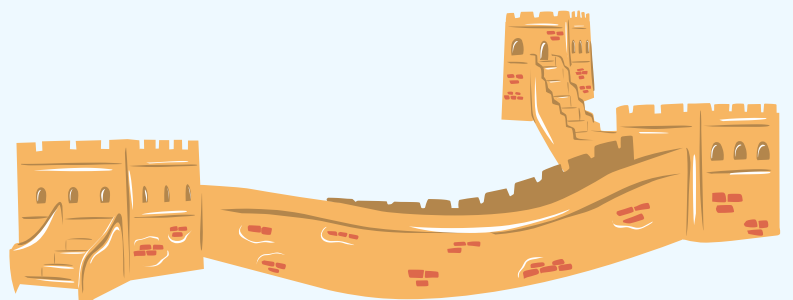




Y vuela alrededor del planeta: pasa cerca de colosales montañas, sobrevuela grandes lagos, surca extensos océanos y desiertos. Puede ver delfines alegres y aves migratorias, osos en los bosques y caballos salvajes en las praderas.

De pronto divisa una gran pared con escaleras, torres y estatuas de señores que parecen enfadados. Es un muro gigantesco, que recorre bosques, montañas y hasta llega a las nubes. ¡Parece una culebra de piedra!

—¡Es la Gran Muralla china!





Después el paisaje se vuelve blanco y empieza a hacer más frío. Hay montañas de hielo y orcas que saltan en un mar azul oscuro, elefantes marinos, albatros, focas...

—¡Y pingüinos emperador! ¡Es la Antártida!

El paraguas la lleva a otro lugar de color naranja, amarillo y verde. ¡Aquí hace calor! Hay unos árboles muy altos, con unos troncos muy gordos. Las ramas están arriba del todo y, desde ahí, un lémur de cola anillada la saluda saltarín.





—¡Los baobabs de Madagascar! —dice entusiasmada Sofía.

Llega a un lugar donde llueve.

—¿Estaré llegando a mi cole?

Pero está sobrevolando una enorme cordillera que combina montañas nevadas y otras rocosas y con vegetación. Allí ve osos que parecen llevar careta, son los osos de anteojos. También ve pumas, cóndores y colibrís gigantes. En la cima de una de esas montañas, rozando las nubes, hay una antigua ciudad de piedra. Una llama la observa cruzar el cielo.





—¡Eso es Machu Pichu! ¡Adiós, llamaaa!
Después solo hay agua y más agua.
Todo lo que ve del planeta es de color
azul. Pero también se encuentra con la
Gran Barrera de Coral y la fosa de las
Marianas. Recorre el Anillo de Fuego y la
saludan gigantescas ballenas azules.

—¡Es el océano Pacífico!

De pronto, al fin, Sofía ve algo que le
resulta familiar ¡El caracol gigante del
patio!

—¡Por fin! ¡Ese es mi cole!





Y se escucha la campana de la hora de salida justo cuando aterriza sobre el tobogán del elefante azul.

Todos los niños empiezan a salir. Ya no llueve y llevan cerrados sus pequeños paraguas de colores.

Ha salido el sol. Y papá la está esperando a la salida.

—Hola, Sofía, ¿cómo te lo has pasado hoy en el cole?

—¡Muuuuuy bien, papá! Hoy ha sido el mejor día. Ojalá mañana también llueva.

